

*El regreso de los antepasados, los indios urus de Bolivia,
del siglo XX al XVI. Ensayo de historia regresiva¹.*

Nathan Wachtel. La Paz: Biblioteca del Bicentenario
de Bolivia (BBB), 2022.

Iván Barba Sanjinez
Editor de la BBB

Ambiciosa investigación, desarrollada en Chipaya durante la década de 1970, que articula cuatro ámbitos: la investigación de archivos coloniales, el trabajo de campo a partir del método denominado “historia regresiva”, una genealogía de las divinidades andinas y la crónica etnográfica. El libro consta de 12 capítulos (en dos partes), archivo fotográfico e índice analítico.

El investigador francés Nathan Wachtel es renombrado por haber dictado la cátedra de Historia y Antropología en el Collège de Francia (antes impartida por Claude Lévi-Strauss), pero su papel como artífice de la reunión, en 1976, de dos grupos urus (chipayas y moratos) en los alrededores del lago Poopó es menos conocido. Gracias a su intervención, los descendientes de dos grupos que, reconociéndose como urus, no habían tenido contacto durante siglos, pudieron encontrarse para intentar comunicarse en la lengua de sus ancestros, hecho que reivindicaba un pasado común casi mítico que fortalecía la identidad de dos grupos largamente segregados.

El regreso de los antepasados... analiza, remontándose hasta el siglo XVI, las relaciones productivas, demográficas, sociales y religiosas desarrolladas en el eje acuático del Altiplano que definieron la identidad uru respecto de las circundantes, permitiendo –a través de complejas prácticas materiales y rituales– su supervivencia en un medio particularmente difícil. La pregunta que se suscita, en este punto, es si el desarrollo de un sistema de representación tan complejo como el identificado por Wachtel en los ritos festivos, agrarios, mortuorios, de caza y de pesca resulta indispensable para la supervivencia de un grupo humano que enfrenta tanto un medio adverso como discriminación secular.

La esforzada supervivencia de los urus en Chipaya, dependiente de periódicas inundaciones y desecaciones artificiales, es regida por un estricto sistema de representaciones que ordena las actividades productivas, las religiosas e incluso el entierro de los muertos. Ese sistema se proyecta tanto hacia el cielo como hacia lo subterráneo, formando lo que el autor

1 El libro fue publicado el año de 1979, por su importancia la Biblioteca del Bicentenario de Bolivia decidió reeditarlo el año 2022.

denomina “la cuadratura de los dioses”: un rombo que localiza arriba a las entidades benefactoras (los santos, los silos, lo solar), abajo a las perjudiciales (los awcalla, habitantes de las profundidades acuáticas, y los jalsuri, temibles remolinos), y sobre la superficie, a la izquierda, a las femeninas (las vírgenes, la Madre Tierra) y, a la derecha, a las masculinas (los mallkus y las piedras sagradas samiri).

Las entidades foráneas (vírgenes, santos y silos, palabra que proviene de “cielos”) pasan a formar parte de los contenidos de un sistema de representaciones previo al arribo de la religión católica. Wachtel se esfuerza por identificar los rastros de raíz más antigua, determinando qué elementos pueden atribuirse a los incas o a grupos aymaras, y cuáles a un pasado más remoto. El rastreo genealógico a partir de los relatos míticos le permite plantear una serie de transfiguraciones y superposiciones que revelan, por ejemplo, la filiación andina de la Virgen de Copacabana, precedida por un dios acuático del mismo nombre de orígenes tihuanacotas, merced al ardid recurrente de los misioneros de erigir iglesias sobre lugares sagrados o promover la superposición de santos y vírgenes sobre entidades del panteón andino; transposición que probablemente explica la naturaleza – evidentemente “pagana”– de numerosas festividades católicas actuales.

La lógica supay

Más allá de las imposiciones tributarias y del servicio obligatorio en la mita de Potosí, la imposición colonial simbólica sobre las culturas del Altiplano resultó solo parcialmente exitosa, puesto que las entidades introducidas pasaron a constituir elementos nuevos dentro de un sistema de representaciones previo. Wachtel refiere cómo el diablo católico pasó a ser, en la imaginería andina, hermano menor de Jesús: ya que todas las deidades andinas poseen características tanto benéficas como maléficas, las prédicas acerca del diablo no hicieron sino subrayar el poder que lo emparentaba con Jesús y los santos. Por ende, también había que reverenciarlo, celebrarlo y contentarlo mediante los ritos de caza, pesca y producción agraria o minera.

Una de las más sugestivas consecuencias de este enlace, subrayada por Wachtel, es el surgimiento de la “noción de supay, desde entonces asociada con prácticas que son obligatorias, aunque deban disimularse, no designa tanto el mal absoluto, sino lo que está oculto en el orden de las cosas, lo secreto, lo contrario en cierto modo (a la vez benéfico y maléfico)” (615); noción cuya riqueza en términos de análisis y proyecciones no es explotada en el libro.

Por otra parte, esta cosmogonía andina determinó el lugar de segregación de los urus, denominados por sus vecinos aymaras como “chullpa puchus” o “sobras de los chullpas”, quienes, según los relatos míticos, constituyan la primera humanidad que, tras defraudar a su creador Tunupa, fueron abrasados cuando este ordenó la salida del sol. Todos los chullpas perecieron, excepto los

urus. Luego, unas cuantas parejas primordiales repoblaron la tierra retornando por las huacas: montañas, lagos o fuentes luego considerados sagrados.

El caso de los urus ilustra cómo una cosmovisión religiosa que determina narrativamente las diferencias entre grupos humanos origina también los mecanismos de segregación que luego se aplicarán con severas consecuencias para el grupo al que se atribuyan características negativas (como “salvajes”, “de corto entendimiento”, “toscos”, etc.); si bien cabe precisar que, por esa misma caracterización maléfica, los aymaras reconocían a los urus – relacionados con las entidades acuáticas y subterráneas– como poderosos curanderos y hechiceros.

Epílogo y crónica

Cuatro años después de concluido su trabajo de campo, Wachtel volvió a Chipaya en 1982, y notó que el mundo simbólico que tan arduamente había retratado comenzaba a desmoronarse: el pueblo experimentaba la llegada de las iglesias pentecostal y evangelista, y las antiguas costumbres, vestimentas y rituales empezaban a abandonarse para ceder ante cierta “modernidad”.

Las dos visiones de mundo, la evangelista y la tradicionalista, ya se habían enfrentado públicamente, encarnadas en dos líderes: Santiago y Vicente. La conmovedora crónica de ambas historias ilustra a cabalidad la dimensión de la pugna. La maestría de Wachtel para registrar las partes más significativas de ambas historias, incluyendo los sueños y las tragedias personales, convierte al epílogo en parte crucial de la obra, puesto que esclarece cómo las contingencias vivenciales determinan la imposición de una visión sobre otra.

La nueva realidad del pueblo parece alejarse de las prácticas rituales que poco antes habían motivado el arduo estudio y así poner en duda la resistencia de dichas prácticas. Sin embargo, las últimas líneas deslizan una explicación de por qué Santiago practica aún, subrepticiamente, el ritual “pagano” de Todos Santos: “Entiendes, las almas no saben que ya no practicamos las costumbres: si al volver no vieran nada, se sentirían desesperadas. Hice esto por ellas, para honrarlas, para que nuestros antepasados sean felices” (678).

Queda planteada, entonces, la pregunta final: ¿acaso la nueva fe evangelista, inflexible, se impuso en Chipaya gracias a su rigor análogo a las prácticas tradicionales? En otras palabras, ¿la antigua lógica uru –que ordena el mundo de vivos, muertos y deidades– goza todavía de buena salud?